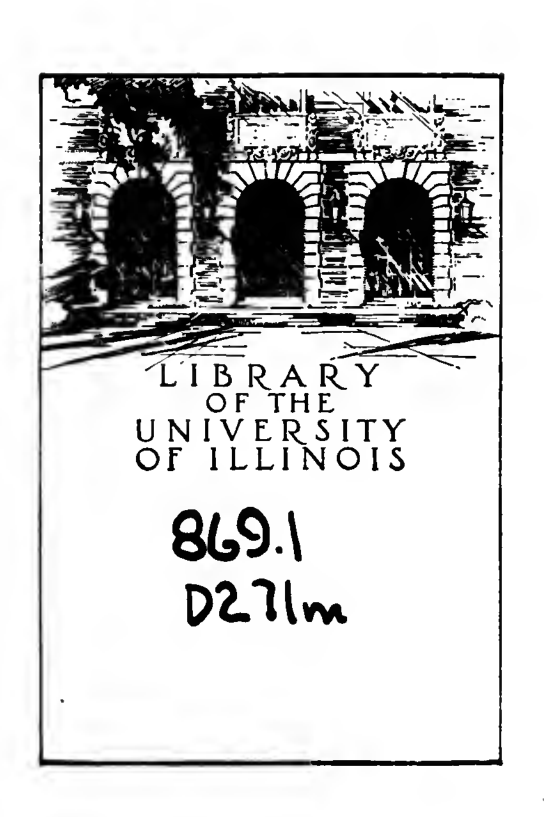


Musas de Francia

VERSIONES, INTERPRETACIONES Y PARÁFRASIS

BALBINO DÁVALOS

Musas de Francia



LISBOA

Typographia da «A Editora Limitada»

50, Largo do Conde Barão, 50

1913

MUSAS DE FRANCIA

Jamás, Musas de Francia, con más amor ni encanto,
indiferente el ánimo a otra pasión mundana,
feliz admiró nadie desde la edad temprana,
cual yo, vuestro divino, maravilloso canto.

Escucho en vuestros ritmos rumores de fontana;
me alegra vuestra risa, me apiada vuestro llanto,
y en fascinadas horas de paroxismo santo,
presiento vuestro espíritu como caricia humana.

En mirra unjo mis manos; mis labios, en ternura,
para palpar ensueños, para besar blancura
y respirar la esencia de la emoción más pura...

Muezín de la mezquita, al minarete sube;
mas no convoques fieles, hasta que en rauda nube
llegue el Guardián del Arte, en forma de querube!...

París, 1912.

De THÉOPHILE GAUTIER

EL ARTE

Sí; la obra es más radiante
si el pulimento es terso:
diamante,
mármol, esmalte, verso.

No haya presión intrusa;
mas para andar derecho,
¡oh Musa!
lleva coturno estrecho.

Al diablo el ritmo soso
que, como chancla floja,
pie ocioso
se calza o se despoja.

Rechaza, estatüario,
la arcilla trabajada
de diario
con mente divagada;

doma al rebelde paros,
vence al carrara duro
— los raros
dueños del perfil puro — ;

arranca a Siracusa
el bronce, que altanero
acusa
el rasgo hermoso y fiero;

persigue en cornalina,
con delicado apego,
la fina
faz del Apolo griego.

Pintor, huye acuarelas,
y fija los colores
que anhelas,
cual los esmaltadores.

Haz sirenas azules,
y monstruos de blasones,
que ondules
en raras contorsiones;

en su nimbo trilobo
a la Virgen y su Hijo,
el globo
del pie de la cruz fijo.

Todo pasa. Robusto
el arte siempre vive;
el busto
al pueblo sobrevive.

Y la medalla austera
que un labrador ha hallado,
entera
de un César ignorado.

Los dioses mismos mueren;
pero los versos, gonces
adquieren
más fuertes que los bronces.

Cincela, esculpe, lima;
que tu flotante ensueño
imprima
su poderoso empeño!

SINFONÍA EN BLANCO MAYOR

En las leyendas del Norte, alzando
su cuello níveo como el jazmín,
nadan mujeres-cisnes cantando
sobre las aguas del viejo Rhin.

O si en las secas ramas suspenden
las vestiduras de albo edredón,
sus deslumbrantes cuerpos esplenden
más que la nieve de su plumón.

De esas mujeres, existe una
que hasta mi lado suele llegar,
blanca cual claro rayo de luna
sobre la helada región polar.

Arrebatando con su frescura
los ojos, ebrios de admiración,
a los deleites de su blancura,
de carne nácar a la fruición,

sus senos, tersos globos de nieve,
en insolentes luchas están
con las camelias blancas y el leve
traje albeante de tafetán.

En esas pugnas de albipujanza,
rasos y flores pierden allí,
y, en su despecho de hallar venganza,
empalidecen de frenesí.

Sobre sus blancos hombros de diosa,
paros de grano deslumbrador,
como en la noche polar, radiosa
la tenue escarcha cae en redor.

¿Con cuáles hojas de blancos lirios,
con qué medulas de cañamiel,
con cuáles hostias, con cuáles cirios
tan blanca hicieron su blanca piel?

¿Se ha recogido la constelada
gota de láctea luz estelar,
la lis de tierna pulpa argentada,
la blanca espuma que arroja el mar;

el mármol, carne pálida y fría,
de las deidades usual mansión;
la plata mate, la luz que envía,
sobre los ópalos su irisación;

el marfil, donde su mano blanca
es mariposa de alas sin par
que, en cada débil nota que arranca,
besos de nardo suelta a volar;

el suave armiño que, inmaculado,
en los blasones lucir se ve,
y ciñe y guarda del viento helado
los blancos hombros de rosaté;

el claro azogue de extrañas flores
que orna los vidrios del rosetón;
el blanco encaje de surtidores
que, de la ondina, lágrimas son;

el ojiacanto que cede, en mayo,
bajo el aljófar que da a la vez;
el alabastro, donde el desmayo
ve reflejada su palidez;

la pluma suelta de la paloma
que nieva el techo del palomar;
la estalactita que se desploma
del antro en donde la filtró el mar?

¿Acaso viene con Serafita
de do el noruego o el groenlandés?
¿Es la Madona que el polo habita
o blanca esfinge de invierno es

por los aludes ha tiempo oculta,
de ventisqueros guardián quizá
que, dentro el blanco pecho, sepulta
secretos blancos, helados ya?

Bajo del hielo donde reposa,
¡oh!, ¡quién la hiciera sentir amor!
¡Quién diera un vago tono de rosa
a su implacable y eterno albor!

LA NUBE

Al horizonte hay una nube
que se perfila en el azul;
como desnuda virgen, sube
de un lago diáfano de tul.

De pie en su concha nacarada,
boga en el cielo de cristal
como una Venus encantada,
hecha de espuma inmaterial.

Su torso ondea con graciosa,
incierta y muelle contorsión;
la aurora riega hojas de rosa
sobre sus hombros de vellón.

Blancor de nieve y mármol duro
la luz en ella confundió,
cual de Correggio al claro-oscuro,
dormida Antíope quedó.

Donde ella flota, el Apenino
ni el Alpe alcanzan a llegar;
es del «eterno femenino»,
copia o hermana tutelar.

Al cuerpo en vano retenida,
mi alma, con alas de pasión,
vuela a esa nube, enardecida,
para abrazarla como Ixión.

La razón dice: «Es humo vago
donde tu ensueño crees mirar,
sombra que el viento hizo a su halago,
burbuja próxima a estallar!»

El corazón grita: «Qué importa!
¿Qué es la belleza bien a bien?
Brillante espectro que, tras corta
fulguración, nada es también!

Que al ideal tu alma se eleve,
y ama con vértigo inmortal
a una mujer, o nube, o nieve;
pero ama.—Es eso lo esencial!»

LA ÚLTIMA HOJA

Al árbol de la selva solitaria,
una hoja marchita sólo queda
y posado, en silencio, un pajarillo
sobre una rama crujidora y seca.

En su santuario desolado, el alma
sólo un amor á que cantarle, encierra;
mas, del otoño el huracán que ruge,
ahoga mi voz, si apasionada suena.

Tiende el ave su vuelo, cae la hoja,
muere mi amor, porque el invierno llega...
Tierna avecilla, ven, sobre mi tumba
a cantar, cuando torne primavera!

De JOSÉPHIN SOULARY

SUEÑOS AMBICIOSOS

Si yo un solar tuviera, montaña, valle o llano,
con su corriente de agua, cascada, fuente o río,
allí plantara un árbol, saúz, fresno o manzano,
y construyera un techo, jacal, choza o bohío.

En mi árbol, suave nido, plumón, césped o grama,
un ave rentendría, pinzón, mirlo o cigüeña;
bajo la sombra, un lecho, hamaca, estera o cama,
y allí una niña rubia, blanquísima o trigueña.

Un campo muy pequeño! Para medirlo a gusto,
dijérale a esa niña, radiante de hermosura:
«Vuelve hacia el sol que nace, el torso de tu busto.

Hasta donde tu sombra prolongue su figura,
voy a trazar la línea de mi horizonte justo.»
La dicha que no alcanza la mano, es impostura.

SUEÑOS AMBICIOSOS

(Otra versión.)

Si yo tuviera un predio, llano, valle o montaña,
con manantial de riego, cascada, río o estero,
allí plantara un árbol, saúz, olivo o tuero,
y levantara un techo, chamiza, teja o caña.

En mi árbol, suave nido, plumón, grama o cizaña,
un ave guardaría, pinzón, mirlo o jilguero;
bajo la sombra un lecho, hamaca, estera o cuero,
y allí una niña rubia, tez-pálida o castaña.

Un sitio muy pequeño! Para medirlo a gusto,
dijérale a esa niña que fuera mi ventura:
«Torna hacia el sol naciente el dorso de tu busto.

Hasta donde tu sombra extienda su figura,
voy a marcar el límite de mi horizonte justo.»
La dicha que no alcanza la mano, es insegura.

De LECONTE DE LISLE

LOS ELEFANTES

La roja arena es como un vasto mar sin linde
que flamea somnolente en su lecho, y callado;
larga ondulación rígida, a lo lejos, escinde
el cobrizo horizonte por el hombre habitado.

Ni rumores ni vida. Los ahítos leones
duermen en sus cubiles, a cien leguas distantes,
y la girafa bebe agua azul en regiones
de palmares, cruzadas por panteras errantes.

Ni un ave el aire denso azota con su ala
bajo el sol abrasante que doquiera circula;
alguna boa, a veces, despertando, resbala
las brillantes escamas de su cuerpo que ondula.

Así el espacio arde bajo el fulgor del cielo,
y, mientras en la árida soledad todo calla,
rugosos elefantes, lentos, al natal suelo
van, el erial cruzando con majestuosa talla.

Vienen de un mismo punto del horizonte, en brunas
masas; alzando el polvo, su marcha en línea guían
y, con sus grandes patas, hacen rodar las dunas
que nunca del más corto camino los desvían.

Avanza a la cabeza un viejo jefe, craso
como vetusto tronco que el tiempo roe y mina;
su testa es cual de roca, y á su robusto paso,
se encorva fuertemente el arco de su espina.

Sin calma ni premura, la polvorosa hueste
dirige al sitio cierto que su destino marca,
y van, ahondando el surco de su sendero agreste,
los rudos peregrinos en pos de su patriarca.

La oreja en abanico, la trompa entre los dientes,
los ojos entornados, caminan. Sudorosos
agítanse sus vientres y humean; insistentes
les zumban en su torno insectos abundosos.

Pero la sed qué vale, ni qué la voraz mosca,
ni el sol que, el negro lomo, candente les abrasa,
si van soñando siempre en el país que embosca
el higueral espeso que cobijó su raza?

Verán el río, suelto de los abruptos montes,
do enormes hipopótamos, al par que nadan, mugen;
donde antes abrevaban, pasados los tramontes,
con luna y entre juncos que, a sus pisadas, crujen.

Llenos de paz y ánimo, con lentitud avanzan;
en negra fila cruzan el arenal extenso,
y, cuando los viajeros el horizonte alcanzan,
a su sosiego inmóvil torna el desierto inmenso.

LA CAÍDA DE LAS ESTRELLAS

Caed, oh perlas desatadas,
pálidos astros, en el mar!
Niebla de rosas deshojadas,
del horizonte surge ya.
El viento empuja con el ala
una onda inmensa, que resbala
envuelta en viva claridad...
Caed, oh luces de Bengala,
oh estrellas pálidas, al mar!

Hundíos presto en las espumas
del misterioso abismo azul.
El día brota, y rasga brumas,
y baña cumbres con su luz;
del bosque emerge himno sonoro
que asciende al cielo en blando coro
de arrobadora excelsitud...
¡Caed, rodad, gotas de oro,
en el inquieto abismo azul!

Huíd, oh astros aun lejanos,
¡oh Paraísos por venir!...
La aurora ríe, y con sus manos
esparce luz blanca y sutil;
suelta su clámide de flamas
y, en la esmeralda de las ramas,
riega topacios y rubís;
huíd, oh mundo que nos llamas,
oh Paraísos por venir!

Las tibias noches de occidente,
oh estrellas pálidas, poblad!
Su rayo clava el sol ardiente
en el sembrado y el erial;
cruzan los ciervos en bandadas,
buscando agua, las cañadas,
y el ruido humano asorda ya.
Huíd, oh blancas desterradas,
oh estrellas pálidas, allá!

¡Oh taciturnas del olvido!,
feliz quien va por donde vais;
feliz quien rueda sumergido
en la sombría inmensidad;
ave del cielo, en él se lanza;
odio, y amor, y desconfianza,
todo lo humano, deja atrás...
Lámparas llenas de esperanza,
llevadme al fin por donde vais!

EPIFANÍA

En ensueño divino, pasa Ella, tranquila,
bordeando el más fresco de tus lagos, Noruega;
y la sangre rosada que en su cuello rutila,
es del alba en la nieve, un reflejo que juega.

Del álamo y el fresno al murmullo indeciso,
a la hora irradiante de la luz que alboroza,
pasa ella, y la copia el cristal azur, liso
que silencioso vuelo de mariposas roza.

Cuando furtiva ráfaga su cabellera esparce,
un inefable polvo su níveo cuello inunda,
y sus pestañas brillan en argentado engarce
a la luz de sus ojos, misteriosa y profunda.

Puros de sombra o ansias, nada habiendo esperado
en la vida sus ojos, nada miran intenso.
No han sonreído nunca, ni jamás han llorado,
serenamente abiertos al horizonte inmenso.

Y del naranjo místico el Guardián pensativo
que al balcón de la Aurora azahares arranca,
el ligero fantasma ve pasar fugitivo
con su veste ondulante, inmortalmente blanca!

De CHARLES BAUDELAIRE

LA BELLEZA

Como un sueño de mármol, bella soy, ¡ oh mortales !,
y mi seno, en que todos a su vez se han herido,
del poeta en el alma, difundir ha sabido
amor eterno y mudo de grandes ideales.

Esfinge incomprendida, en el zafir impero.
Mi blancura es de cisne ; mi corazón, de nieve ;
odio cuanto a la línea, irreverente, mueve
y ni he reído nunca, ni jamás desespero.

Ante mis actitudes majestuosas y frías
de monumento antiguo, vivirán los poetas
en austeros cuidados consumiendo los días.

Para dominar siempre en sus almas inquietas,
tengo espejos que fingen vaporosas beldades :
mis ojos, grandes ojos de eternas claridades !

LA GIGANTA

Cuando Naturaleza con su vigor pujante
a diario concebía un nuevo sér monstruoso,
quisiera haber vivido con la hija de gigante,
cual cerca de una reina un gato voluptuoso.

¡Qué gloria haberla visto, en sus terribles juegos,
crecer, al par que en alma, en cuerpo majestuoso,
y adivinar la llama de sus ardientes fuegos
en sus pupilas, húmedas bajo sopor nubloso!

Sus atléticas formas recorrer lentamente;
de sus enormes piernas, trepar por la vertiente
y, á veces, en verano, cuando el calor asombra,

que el fatigado cuerpo tendiera en la campaña,
de sus enormes senos dormir bajo la sombra
como apacible choza al pie de una montaña.

REMORDIMIENTO PÓSTUMO

Cuando durmiendo estés, mi bella tenebrosa,
bajo del negro mármol de glacial monumento,
y tengas por alcoba y único aposento
el lúgubre reducto de la llovida fosa,

cuando la piedra oprima tu carne temerosa
y tus caderas muelles al adormecimento,
tu corazón privando de palpitar violento
y á tus pies, de correr su marcha caprichosa,

la tumba, confidente de mi anhelo infinito
(ya que la tumba siempre comprenderá al poeta)
en esas largas noches que el sueño está proscrito,

te dirá: «Qué ha valídote, cortesana incompleta
no saber, de los muertos, lo que exita el lamento?»
—Y te hurgará el gusano como un remordimento.

De HENRI CAZALIS

(Jean Lahor)

AT HOME

Aleja ya tu espíritu intranquilo,
del insondable abismo de las causas,
de donde vuelve, quien audaz le aborda,
pálido el rostro y hosca la mirada.
Terrible y negro es ese mar... Regresa:
la amante, abierto el corazón, te aguarda!

Despierta, siente, adórala y olvida,
buscando entre sus brazos seductores
la tumba o la prisión; y haz de su cuerpo,
de su carne que al beso te abandone,
de sus ojos sin par de golondrina,
tu apacible y magnífico horizonte.

Tú no puedes ser dios... Y bien, sé hombre!
y sólo ante el misterio de sus ojos,
al trémulo fulgor de sus miradas,
a la luz matinal que, poco a poco,
entreabriendo sus párpados te envíe,
sumérgete en ensueños vagarosos.

No pienses más en el destino humano:
busca el aroma turbador e intenso
que su belleza — adormidera blanca —
deja escapar del palpitante seno;
busca el sopor de su ternura, y bebe
como si fuese el agua del Leteo.

ADORACIÓN

De perfumes angélicos yo quisiera envolverte
y con himnos antiguos arrullarte y mecerte,
a cuyo eco solemne y suavísimo encanto
sintieses las mejillas empapadas en llanto.
Yo quisiera con flores adornarte, con flores
enfermizas y raras, de apagados colores,
que olorosas y frescas de impalpable sereno,
desmayáranse pálidas en tu pálido seno.
Cuando el ópalo místico de la noche, la luna,
entre estrellas se alzara por la bóveda bruna,
yo quisiera inclinarme a tu lado, y ferviente
sintiendo de tu alma la ternura creciente
y un levísimo roce de cabellos de seda,
murmurar en tu oído con voz trémula y queda
frases de amor nacidas en larga adoración,
dulces y cariñosas como tus ojos son.

A NUESTRA SEÑORA LA MUERTE

Tétrica arrulladora de ataúdes, de un mundo
donde se duerme el sueño del olvido profundo,

que a nosotros desciendes, y sin fórmulas vanas,
para siempre nos curas de aflicciones humanas;

la de blando regazo para reos y espurios
que tu albergue rescata de los negros tugurios;

Fé de justos vencidos, amor del miserable,
bendígante los tristes, Abuela venerable!

Oh Madona de frente ceñida de amapolas,
que libras de dolencias a los seres que inmolas;

la que al par tantas lágrimas a los ojos arrancas
de madres enlutadas y de huérfanas blancas;

Tú a cuya oculta mano cederá el universo,
¿eres ángel divino o eres angel perverso?

Deidad a cuya dulce y serena acogida
nuesträ alma se aquieta al salir de la vida;

la que calmas y vences el rencor asesino,
¿eres ángel perverso o eres ángel divino?

Penas, remordimientos, todo en ti alcanza coto,
tregua larga y tranquila, fresco abrigo en lo ignoto.

Oh tú, fúnebre Diosa que en las sombras gobierna,
¿eres la Verdad única, inmutable y eterna?

¿Es acaso en el fondo de tu vórtice, donde
de la auténtica nada el misterio se esconde?

Triste hermana de Amor, qué ley cumples así?
Tú trabajas por él, y él trabaja por ti!

Cuando en tus brazos tengas mi carne helada, inerte,
¿me llevarás más lejos, enigmática Muerte?

Ten piedad, oh Señora, de esa carne dormida,
y jamás la despiertes al rumor de otra vida!

Qué sé yo cuantos males, si he de ser peregrino
de otra nueva existencia, me reserve el destino?

El acaso preside casi siempre á la suerte...
más seguro es tu lecho, oh santísima Muerte!

MAÑANA DE PRIMAVERA

Paseábame ha poco, fascinado
por el rojo esplendor de la mañana;
el dorado hormigueo de las olas,
heridas por el sol, me deslumbraba,
y la serena mar enternecía
con sus suspiros de mujer, mi alma.
Chispeaban fosfóricas pupilas
en cada inquieta ondulación del agua,
y cruzaban el cielo alegres grupos
de estrepitosas avecillas blancas
que, revolando locas, perseguían
de las grandes y crespas oleadas,
la sonrisa de espuma, para en ella
humedecer la nieve de sus alas.
Al viento matinal, trémulo y fresco,
era canción todo eco que vibrara.
El paisaje, era inmenso: en la llanura
del mar, no lejos la arenosa playa,
envuelta por la bruma todavía
una isla tranquila reposaba
como de lapislázuli en enorme
vaso, una flor pequeña y sosegada.
Y allá, tras las ciudades y los campos,
gigantescas y abruptas levantaban
su cadena de cumbres majestuosas,

con blancura de lirio, las montañas,
y el perfil de sus nieves, sobre el fondo
de aquel cielo de raso se esfumaba,
al par que los duraznos, con sus flores
de rosado color, lo matizaban.
Absorto ante lo bello de las cosas,
a lento paso proseguí mi marcha
camino á la ciudad, cuando de pronto,
al cruzar una angosta encrucijada,
un niño ciego me tendió la mano,
implorando un socorro a su desgracia.
¡Qué pálido y macabro parecía
con sus órbitas huecas!... cómo estaba,
con sus harapos, de asqueroso y sórdido!...
Su madre, enferma; de su padre, nada
sabía el infeliz. Jamás su pena
tuvo caricias: sólo el sol besaba
con su beso de ascua, las mejillas
de aquel engendro de fealdad humana.
Y yo pensé, mirando su miseria,
en el cuervo del mal, de negras alas,
y en el abismo de dolores mudos,
no traicionados por ninguna lágrima.
Luego pensé en la suerte de los seres;
en esos niños que la pena arrastran
de pecados ajenos que heredaron;
y pensé en las tristezas de las almas,
en las iniquidades de la vida,
en tantas injusticias que deparan
lacerante castigo inmotivado...
y al apartar, del ciego, la mirada,
no quise ver el brillo de las olas,
ni la ruidosa turba de aves blancas,
temblando de que, brusca, sobre el mundo
la justicia de Dios se desplomara!

TALIESIN

Decía que había sido sucesivamente encina, pájaro, espada, en manos de los antiguos bardos.
(Leyenda céltica.)

Yo fui árbol de un bosque de lo pasado;
de savia me han henchido las primaveras,
y mis ramas, al aire se han agitado
para lanzar mis quejas más lastimeras.

Y por eso mi espíritu, tan a menudo,
como sauce lloroso que azota el viento,
cruje, tiembla, se dobla doliente y mudo,
forcejea, solloza, lanza un lamento.

Y fui águila. — Rauda salvé los montes
y me cerní altanera sobre las nieves;
a mi vuelo se abrían los horizontes
y formaban las cumbres, bajos relieves.

Por eso vuela tanto mi fantasía
en las noches serenas que, solitario,
persigo en la caótica lejanía
las estrellas, con ojos de visionario.

Yo he luchado en los siglos de la leyenda
con las épicas manos de los guerreros,
pues fui hacha y espada que en la contienda
bañaron con su sangre los extranjeros.

Mi indignación, por eso, vibra en mis versos
y es puñal implacable de la venganza
cuando la envidia y saña de los perversos
le suscitan de paso la malandanza.

Y si hay en mis cantos de enamorado
algo que llora y ríe, lembra o delira,
es porque allá en hermoso tiempo pasado
he vivido en las cuerdas de alguna lira!

De SULLY PRUDHOMME

EL EXTRANJERO

Me pregunto a menudo: ¿De qué raza has venido?
Tu corazón nada halla que lo encante o cautive,
nada que tus sentidos ni pensamiento avive,
cual si un bien infinito se te fuera debido!

Mas di, ¿qué paraíso para siempre has perdido?
¿cuál es la augusta causa que por tu esfuerzo vive?
¿cuál tu propia grandeza, la virtud que motive
que en el mundo lo mires todo vil, corrompido?

Un origen requieren este anhelo divino,
estas vagas nostalgias de un edén que adivino,
mas en vano lo busco dentro mi corazón;

y atónito yo mismo, del dolor que me oprime,
llorar escucho en mí un sér raro y sublime
que me ha ocultado siempre su nombre y su nación.

EL HÁBITO

El hábito es un viejo intruso
que suplantó nuestra razón
y se apodera con abuso
de lo que fue nuestra mansión.

Tenaz, discreto, fiel, humilde,
todo se empeña en registrar,
sin que jamás nadie le tilde
por demasiado familiar.

Sabe guïar los pies del hombre
por el camino donde va
y, aunque su fin él nunca nombre,
dícele quedo: «Por acá!»

Trabaja instantes tras instantes,
guardando idéntica actitud,
con ojos siempre vigilantes
y labios llenos de quietud.

Mas ay de aquél que se abandona
a su dominio sin piedad!...
El viejo posma, no perdona
ose vivir la libertad.

Y cuantos ya su faz oscura
van simulando de verdad,
hombres son sólo en la figura;
cosas sin alma, en realidad.

TENGO BUEN CORAZÓN...

Tengo buen corazón, mal a nadie deseo;
mas coopero á la muerte del faisán y la oveja,
y aunque soy muy benigno, jamás lanzo una queja
si a mi lento caballo fustigándolo veo.

Justo soy: como hermanos miro al pobre y al reo;
mas después que encarcelo al rufián que me aqueja
y le arrojo mi óbolo a la mísera vieja,
satisfecho, a mi mesa bien provista, olfateo.

Y soy probo: ¿á quién deben cosa alguna mis bienes?...
mas usurpo sudores y la vida de quienes
mi caudal acrecientan por mezquino salario.

Y de afanes paternos con la pingüe largueza,
sosegado me entrego a la dulce pereza
como el cándido hijo de un chacal sanguinario.

EL TIESTO ROTO

Hendió el vaso en que muere esta verbena
un abanico que, al pasar, lo hirió;
tan leve el golpe fue, que en la serena
quietud del aire, el ruido no se oyó.

Pero aquella ligera quebradura
el cristal fue mordiendo sin cesar
y, con marcha invisible, mas segura,
lenta el contorno consiguió abarcar.

Su agua fresca filtróse gota a gota,
el jugo de las flores se secó;
mas nadie aún la rajadura nota...
No le toquéis: el vaso se rompió.

Así también la mano más querida
rozando al corazón lo suele herir;
hiéndese luego de por sí la herida
y la flor de su amor viene a morir;

intacto siempre a la atención del mundo,
siente cuán quedo progresando va
la fina grieta, y sangra con profundo
dolor... No lo toquéis, que roto está.

MI CIELO

Del cielo de mayo amo la gracia y la frescura ;
mas cuando, ante el espacio sin limites, medito,
no puedo largo tiempo imaginar la anchura,
quietud y hondo silencio que encierra el infinito.

Pascal grave y piadoso me torna pusilánime,
miedo me infunde y presto me deja anonadado,
cuando al zenit levanta para soltarlo exánime
al hombre altivo y necio, miserable y sagrado.

Como el recién nacido, de vista primeriza
que en sombras de la nada parece que aun se empaña,
por un ávido instinto se adhiere a su nodriza
y escóndese en su seno ante una faz extraña ;

como el agonizante con enturbiados ojos
en su redor las últimas miradas distribuye
y al más allá suspenso, crispa los puños flojos
en la hora, el minuto, el instante que huye ;

así ante el cielo donde misterios deletreo,
de la ignorancia víctima y del presentimiento,
contra la tierra apoyo mis manos, si flaqueo,
y bésala mi boca con ciego amor violento.

Acójome temblando a mi mezquino suelo,
no quiero aventurarme de nuevo ambiente en pos,
no es para mí ver esa profundidad del cielo,
que es sólo una mirada del verdadero Dios;

no de ese Dios viviente de la palabra bíblica,
sino de un Dios que nunca fustigó ni bendijo
y cuya majestad desdeñosa y pacífica
sonriendo aplasta al hombre, su pobre y mortal hijo.

¡Guarda en sagrada cumbre tu bienaventuranza,
indiferente Fuerza, Árbitro sin testigo;
yo, por ser hombre, tengo dolores y esperanza,
y llorar necesito al hombro de un amigo!

A mí el bosque sombrío donde la luz cintila,
a ti del sol más alto, la inmensa claridad;
a mí el nido locuaz donde el amor vigila,
a ti el exilio austero de tu fría unidad.

Tú puedes ser eterno; mas yo, bueno es que muera,
el vértigo es hermano gemelo del amor;
dejé en alguna parte dioses, hogar que espera;
la muerte es de un retorno señuelo encantador.

Mas que hacia ti nos lleve la muerte, fuera en vano;
tus poderosos brazos que el Cosmos han ceñido,
son demasiado extensos para el abrazo humano,
¿quién, a tus huecos flancos, el corazón te ha oído?

Ah no! el edén auténtico es como patrio asilo:
allí debe aguardarme mi padre sin sosiego;
allí al posar la planta, reunidos en sigilo,
encontraré a los que antes dijéronme: — «Hasta luego!»

Y volveré a gozarme con la emoción sincera,
con la amistad que nunca en la traición acaba,
y tú me sonreirás acaso la primera,
¡oh tú, que sin amarme, supiste que te amaba!

Mas la naturaleza no quiero allí ver fría,
de eterna primavera sumisa a los presentes:
quiero largos otoños con sus melancolías,
y solemnes inviernos, y veranos ardientes.

Tal es mi paraíso, el único que anhelo,
mansión humana al menos, si no más seductora;
os dejo el otro, ascetas, espíritus sin vuelo,
más lúgubre a mis ojos que tumba sin aurora!

LA SÚPLICA

Ah! si supierais cuán doliente
se vive solo y sin hogar,
quizá vinierais por enfrente
para pasar.

Y si supieseis cuan liviana
mi pena hicierais con mirar,
vierais de paso a mi ventana,
como al azar.

Si el bien supierais que prodiga
el sentir cerca un corazón,
os sentarías como amiga
bajo el portón.

Y si supieseis que os adoro
y cuán ardiente es mi pasión,
entrarais presto donde moro,
sin dilación.

De FRANÇOIS COPPÉE

LIEDER

I

Ruborosa y la frente inclinada,
sonrïendo mis ojos la ven.
— Presto hacedme un anillo de oro
que en su blanco dedito pondré.

Ella parte, pero es fiel y buena;
confïado la voy a esperar.
— Presto hacedme una urna de plata
donde pueda sus prendas guardar.

Cuán enorme pesar me acongoja!
el destierro es muy duro y sin fin.
— Presto hacedme una caja de plomo,
quiero en ella en reposo dormir.

II

Cuando a la dulce niña de Noruega
tembloroso de amor llegué a acercarme,
caía nieve en la espaciosa vega.

Cuando con más afan la vio mi anhelo
como al avión que al campanario torna,
caían flores de durazno al suelo.

¡Maldito tú, destierro que la llamas
y la esperanza arrebatarme quieres!
¡Muertas caen las hojas de las ramas!

III

Le dije a la torcaz: — Vuela, paloma,
más allá de los campos, si es preciso,
de la avena y el heno,
y búscame la flor que la hará amarme.
Y la torcaz me contestó: — Es muy lejos.

Al águila le dije: — Dame ayuda,
y si el fuego del cielo sólo basta
a dar vida al encanto,
remonta el vuelo y a buscarlo asciende.
Y dijo al punto el águila: — Es muy alto.

Llamé por fin al cuervo: — Despedaza
mi pobre corazón por ella enfermo
y devora tu parte:
déjame sólo lo que intacto quede.
Y el cuervo dijo: — Es demasiado tarde.

EN INVIERNO

Hace frío. Volvámonos a casa.
Con castañas que compran, los pilluelos
Se calientan las manos, y veloces
Corren como furiosos, pateando.
Hace frío. Aumenta a cada instante
El duro titilar de las estrellas
En el cielo acerado de la noche.
Los arroyos, helados... ¡hace frío!
Siento que te estremeces. Entra al punto.
Bien me oprimes el brazo, vida mía!
Hay que subir a trancos la escalera.
Entremos. Hace frío!... Y en la alcoba
Que nada haya dispuesto para el fuego!
Encenderé una vela. Tú, en el borde
Te sientas del diván, pálida, inerte,
Sin despojarte del mantón ni el velo,
Y yo un cogín junto a tus pies arrojo,
En el que caigo, sin dejar mi abrigo.
Es esto tan curioso, que sonríes
Y dices con malicia:
— «Somos enamorados nada ardientes.»
Nuestras manos se estrechan, mas con guantes,
Y estallan a la par dos cacajadas.
Sí, pero a mí tu risa me enloquece;

Bajo el mantón, deslízanse mis brazos
Y oprimen cual tenazas tu cintura.
Ya no hace tanto frío. Me enardezco:
Peor para tu traje, niña mía.
Te doy un beso, y ¡ oh delicia ! — prontas
Bajo el süave y crujidor vestido
Me aprientan tus rodillas fuertemente.
Se enardece tu boca linda y joven
Y mis labios penetran palpitantes
Buscando entre la nutria tu garganta.
Tiembla tu corazón contra del mío,
Exhalas un suspiro, el aire quema:
¡ Oh qué calor, mi vida ! ¿ no lo sientes ?

PARA NO ENVEJECER

¿Sabes? Ha diez años, mi amiga querida,
que así nos amamos, tan mucho y tan bien!
Necesario siento que es para mi vida
que en mi brazo tenga tu brazo un sostén.

El profundo encanto con que tú me hechizas,
para siempre supo mi pecho rendir
desde el mismo instante que nuestras sonrisas
en un solo beso quisiéronse unir.

Yo me ofrecí entonces para tu recreo;
pudo tener ello corta duración,
pues siembra caprichos muy ciego el deseo...
de mil, uno apenas florece en pasión.

Ambos conocíamos las frases vacías
que tanto en el mundo se suelen decir;
tú, en el «Para siempre», muy poco creías;
yo pensaba: «Presto va todo a morir!»

Pero aunque ya rotos nuestros corazones,
todos sus fragmentos logramos hallar,
y un nido formamos con sus adiciones
donde el amor frágil pudiera durar.

Los dos lo cuidamos de noche y de día!
Mas en horas tristes, me suelo decir,
lanzando un suspiro de melancolía:
¡Oh cuánto esta dicha tardóse en venir!

De la vejez, huello la rampa doliente;
mi paso entorpece vaga indecisión.
Mira: Ya el invierno me puso en la frente
la primera nieve que no entra en fusión.

Y tú, en cuyos ojos se asoma tu alma,
no eres ya tampoco la niña de ayer;
tenemos diez años de amarnos en calma;
la cuenta, en tus dedos la puedes hacer.

Mas cuando se quiere como nos queremos,
qué importan los años, si vive el amor!
Joven uno a otro los dos nos veremos
amándonos bien, y más, y mejor.

Mira esa pareja de trémulos viejos:
sentados, felices y mudos están;
de pasar la vida juntos, de tan lejos,
tienen igual rostro y el mismo ademán.

Sigamos como ellos la cuesta insensible;
dejemos los días nacer y morir,
y viviendo ausentes lo menos posible,
no podremos nunca los cambios sentir.

Es la recompensa de fieles amantes,
la que nos podemos desde hoy anunciar:
en los labios pálidos, sonrisas constantes;
en los mustios ojos, juvenil mirar.

La ternura, brasa jamás acabada,
algún ardor siempre mantiene en su hogar;
la costumbre, buena y solícita criada,
no deja que el fuego se llegue a apagar.

Gratas golondrinas de las primaveras
últimas que viven, sus recuerdos son:
para no ser viejos, con almas sinceras
tengamos dos vidas en un corazón!

De PAUL VERLAINE

MI SUEÑO FAMILIAR

Tengo a menudo un sueño extraño y penetrante
de una mujer ignota, que amo y que me ama,
y que no es cada vez la misma hermosa dama
ni enteramente otra, y me ama y soy su amante.

Mi corazón para ella es un cristal constante,
porque ella lo comprende y alumbra con su llama,
sólo ella, y si mi frente perspiración derrama,
sólo ella la refresca, llorando delirante.

¿Es rubia o es morena, o pálida? — Lo ignoro.
¿Su nombre? Yo recuerdo que es dulce y que es sonoro
cual los de nuestros seres que huyeron de la Vida.

Su mirada semeja mirar de estatua, y tiene
la voz lejana, y quieta, y grave y escondida
de bocas cuya amada modulación no viene.

ARIETA

Llora en mi corazón
como en la ciudad llueve...
Qué es esta turbación
que entra en mi corazón?

Dulce rumor de gotas
que los techos golpean!
Hastío, así me azotas...
Grato sonar de gotas!

Y llora sin razón
en mi corazón triste!
¡Que! ¿ninguna traición?...
Mi duelo es sin razón!

Mas es pena mayor
el no saber por qué,
sin odio y sin amor
me embarga este dolor!

LAS INGENUAS

Somos las niñas ingenuas, de bellos
ojos azules y lisos cabellos,
que en las historias apenas leídas
vivimos dichosas y desconocidas.

Vamos enlazadas de por la cintura
y ni de la aurora la luz es más pura
que de nuestras almas, nuestros ideales
y nuestras pupilas, los puros cristales.

Ágiles corremos por valles y prados
riendo y cantando, sin otros cuidados,
todas las mañanas y tardes hermosas,
que cazar alegres a las mariposas.

Rústicos sombreros de humilde aldeana
libran nuestro cutis de la resolana,
y nuestros vestidos de tela muy leve
son de una extremada blancura de nieve.

Los Richelieux, los Caussad', los Faublas
son los pretendientes que nos buscan más,
los que nos prodigan melosas miradas,
saludos, suspiros y boquibabiadas.

Mas sus ademanes se quedan corridos
ante el pliegue irónico de nuestros vestidos,
y ruedan de bruces todos en tumulto
cuando nuestras faldas les huyen el bulto.

De las lujuriosas imaginaciones
que forjarse suelen esos moscardones,
en nuestro perverso candor nos burlamos,
mas algunas veces a sentir llegamos

que dan más de prisa sus palpitaciones
bajo del corpiño nuestros corazones,
sospechando vagos signos clandestinos
de amantes futuras de los libertinos.

CANCIÓN PARA ELLA

Aunque más pobre soy que antes
y más que nadie fue,
tengo tu brazos refrescantes
y tu cuello *bombé*,
y esa gentil marrullería
con que sabes besar,
y la caricia, noche y día,
de tu fútil charlar.

Muy rico me hacen, pues, tus ojos
y tu pecho gentil,
nido de eróticos antojos
y lecho de marfil
donde mi afán, tiempo ha enervado,
recobra su vigor,
retoza siempre de buen grado
y con mayor ardor...

Seguramente no me quieres
como te quiero yo,
Sé que me engañas (oh, mujeres!)
como nadie engañó.
¿Qué se me da, siendo mi vida
la esencia de tu ser;
si tienes siempre sometida
mi fuerza a tu poder?

CÉSAR BORGIA

En el fondo muy sombrío de un grandioso vestibúlo,
donde, en mármol, de perfil se ve a Horacio y a Tibulo,
blancos bustos adormidos en feliz sueño lejano, —
la siniestra en el puñal, contra el flanco la otra mano
y sonrisa de dulzura que el bigote le acicala,
se destaca el duque César, ataviado de gran gala.

Los cabellos y ojos negros y el muy negro terciopelo
contraste hacen, de una tarde entre el rico y áureo velo,
con la mate palidez y belleza del semblante
al tres cuartos y sombrío, como es práctica constante
en España y en Venecia, por el gusto casi iguales,
de pintar a soberanos y otros vástagos reales.

Palpitante la nariz, fina y recta. De la boca
roja y tenue, se diría que se escapa, y aun que toca
la temblante colgadura, un aliento que brotara
con insólita vehemencia. La mirada errante y clara
que tan bien sienta a esas viejas y magníficas pinturas,
hormiguea con enormes pensamientos de aventuras,
y la frente pura y amplia, que una gran arruga ostenta,
de proyectos formidables apretada y opulenta,
aparece meditando bajo toca do campea
una pluma fija a un broche de rubíes, que flamea.

FRENTE AL CRISTO

¡Oh Dios, de amor mi corazón heristeis,
y la herida, de amor está sangrando!
Oh Dios, de amor mi corazón heristeis!

¡Oh Dios, vuestro temor me va inundando
y me abrasa su ardiente quemadura!
Oh Dios, vuestro temor me va inundando!

¡Oh Dios, me horrorizó la vida impura
y hasta mí descendió soplo divino!
Oh Dios, me horrorizó la vida impura!

Ahóguese mi alma en vuestro vino;
confúndame en el pan de vuestra mesa...
Ahóguese mi alma en vuestro vino!

Hé aquí mi carne, indigna de la huesa;
hé aquí mi sangre, nunca derramada...
Hé aquí mi carne, indigna de la huesa!

Aquí tenéis mi frente avergonzada
para escabel de vuestros pies preciosos;
aquí tenéis mi frente avergonzada!

Aquí tenéis mis músculos ociosos,
haced, para el incienso, ascuas mi mano...
Aquí tenéis mis músculos ociosos!

Mi corazón que siempre latió en vano,
recorra del Calvario los senderos,
mi corazón que siempre latió en vano.

Hé aquí mis pies, los frívolos viajeros,
para acudir al grito de la gracia,
hé aquí mis pies, los frívolos viajeros.

Hé aquí mi voz, pregón de la falacia,
para gemir arrepentidas preces,
hé aquí mi voz, pregón de la falacia.

Luminares de error fueron mil veces
mis ojos, ay!... apáguelos el llanto...
Luminares de error, fueron mil veces.

Oh Dios de ofrenda y de perdón, Dios santo,
la ingratitud de mi alma me consterna,
oh Dios de ofrenda y de perdón, Dios santo!

Dios de terror y santidad eterna,
¡qué negro es el abismo de mi crimen,
Dios de perdón y santidad eterna!

Oh Dios de paz, las dudas que me oprimen,
mis temores, mis culpas y mi lodo,
oh Dios de paz, las dudas que me oprimen,

todo lo conocéis, lo sabéis todo
y cuán pobre ha de ser cuanto posea;
todo lo conocéis, lo sabéis todo,
mas lo que tenga ¡oh Dios! que vuestro sea!

De HENRI GUÉRIN

NOCHE DE INVIERNO

Fatígame el silencio, la soledad me hastía;
cantar quiero al delirio del vino y del amor...
Me siento envejecido un año en cada día;
va un mes que de mi estudio no salgo a ver el sol!
¡ Desmayo incomparable ! — sin él, olvidaría
que late vigoroso mi joven corazón,
y, errante el pensamiento, jamás se detendría
si límite a su vuelo no señalara un dios.

Eternos libertinos, hoy franca está mi puerta
a vuestro alegre paso, venid junto al hogar!
Si el fuego esparce débil calor y luz incierta,
libracos hay de versos, que el fuego atizarán.
La dicha de mañana, no es una dicha cierta;
cual la de ayer, volando por siempre pasará...
El mal desvanecido y el mal que se despierta
mezclemos en la copa que vamos a apurar!

Bebamos!... De los bordes el vino se derrama,
el vino que transforma en gozo el padecer;
la Diosa de la Noche a nuestra puerta llama
temblando y aterida en blanca desnudez.
Al ver esa garganta ¿qué pecho no se inflama?
la túnica de hielo caída está a sus pies...
¡Que los rosados labios del vino y de la flama
circunden y acaricien su cuerpo de mujer!

Así, llenos los vasos de vino, y ondulando
en rojas llamaradas el fuego del hogar,
olvidaremos presto que fuera está nevando
y la amenaza horrible que ordena vivir más;
y pues cualquier trayecto, ya bueno, ya nefando
conduce al mismo abismo recóndito y fatal
en que la vida se hunde, iremos caminando
envueltos en tul de oro, confiados al azar.

Ah! pobre ser humano que sigues el sendero
por do regó el destino su abrojo punzador,
sospechas que tu viaje será más llevadero
porque, cual tierna madre que el sueño te veló,
a cada nueva aurora el nuevo derrotero
te indica la esperanza, sonriendo con amor;
mas el dolor, aleve y astuto compañero,
jamás deja un instante de herir tu corazón.

Fatalidad impía!... Si próvido el destino
mejor acompañante quisiera deparar!
¿Por qué, si es duro el viaje, no va por el camino
el ángel que a las almas valor infunde y paz?
No avances ya: reclina tu frente, peregrino,
bajo la hirsuta copa del árbol funeral,
que si frialdad de mármol negó a tu pecho el sino,
por cada bien que anheles, cien males hallarás.

Danaide de los sueños, la eterna sed humana
que nunca satisfecho su afán logra sentir,
al punto como nace la luz de otra mañana,
¡cuán viva se despierta, qué inquieta, qué febril!
Saciar ese delirio es ilusión tan vana!...
¿Quién puede, del ensueño, llegar hasta el confín?
Azules esperanzas en larga caravana
desfilan incesantes tras nubes de zafir!

Decid, buenos amigos, ¿torné a la edad primera?...
Me siento dulce y bueno, sin hieles, sin rencor...
Al canto de mi madre, meciéndose ligera
está la blanda cuna do reclinado estoy...
qué fresca está la brisa... qué azul brilla la esfera...
la imagen del pasado amante sonrió...
el mágico presente caricias exagera...
¡Cantemos a la infancia, amigos, y al amor!

Mas, ay!, ya languidece mi acento entristecido,
oprímese mi pecho con angustioso afán;
el canto que balbute mi labio estremecido
jamás el horizonte lejano traspondrá.
Cual aves pequeñuelas que escapan de su nido,
mis versos aletean volando a lo ideal...
¡Incautos desertores!... ¡cuán presto han descendido
y en la agrietada roca viniéronse a estrellar!

¿Porqué me va invadiendo tan gran melancolía?
¿porqué se me penetra de angustia el corazón?...
¡Mirad! buenos amigos, tras de la bruma fría:
es la ciudad, morada perenne del dolor;
allí hay niños hambrientos que lloran noche y día,
mujeres que naufragan en vil prostitución,
y trémulos ancianos, sin báculo ni guía,
que el inclemente cierzo fustiga con rigor.

Amaneció una aurora, el sol fecundó al suelo,
el germen inconsciente sensible llegó a ser;
tras lento desarrollo, al fin rompióse el velo
y, al *fiat* del capricho, el hombre al punto fué!
¿Cuál de esos infelices pidió la vida al cielo?
Brotaron como espigas, sin comprender porqué,
y es tanto su infortunio, que ignoran el consuelo
que alguna vez contiene la copa del placer.

Me duele que haya seres que sufren en la vida.
¡Feliz quien insensible nació para el dolor!
Mas Dios negó a mi pecho la fuerza apetecida
y de inquietantes penas dotó mi corazón;
forjó mi endeble cuerpo de arcilla humedecida
por lágrimas amargas que acaso derramó
el infeliz proscripto o el que lloró perdida,
en negro calabozo, la libertad: su amor!

A la remota orilla de turbulentos mares,
el Dios que hizo mi cuerpo el barro fue a buscar,
y allí donde no existen ni luz, ni amor, ni hogares
y sólo ha resonado la queja funeral
de gritos de abandono, de duelo, de pesares,
de angustia, de amargura, desolación y afán,
allí, cabe las ruinas de lóbregos altares,
humedeció en acíbar el barro, y lo animó.

Ya lo sabéis: por eso, aunque rosada y pura
asome la alborada y sople arrullador
el viento perfumado, mi alma no se cura
del céfiro parlero ni del brillante sol;
y al rítmico gorjeo que exhala en la espesura
bajo la verde fronda el dulce ruiseñor,
densa melancolía mi corazón supura
y lágrimas derramo que no he llorado yo.

Partid, caros amigos!... dejadme aquí olvidado;
la interrumpida orgía, lejos de mí acabad!
Cual si en mortuoria fosa me hallara sepultado,
del mundo del ensueño no tornaré jamás.
Compadeced al ave que siempre que ha volado
se siente detenida por pérfido dogal.
El arpa gemebunda colóquese a mi lado;
en vano pulsar quise la guzla: muda está!

Como botón de rosa que rompe cuando el día
apenas se dibuja en irisado tul,
mi corazón, sediento de amor y poesía,
se ha abierto alborozado con trémula inquietud.
Hoy descendió á mi pecho un rayo de alegría;
con él cayó una gota de la región azul...
¿será radiante perla?... ¡oh desventura mía!
es un diamante negro: mirad ¡no esparce luz!

De MAURICE ROLLINAT

EL MIEDO

Luego que el cielo azul se vela
y que, al misterio de esa hora,
la noche, bruna tejedora,
dase a labrar su negra tela,

someto al hombre a mi capricho,
y, genio de la ubicuidad,
en hostigarlo me encapricho
con mi invisible realidad.

Si al sueño ciérranse sus ojos,
mando a la horrenda pesadilla
acurrucarse en él de hinojos,
tal como el sapo se acuclilla.

Voy por el frío corredor
hasta su pieza nunca abierta
y como dedo aterrador
llamo tres veces a su puerta.

Desde su mesa le hace mueca
una cabeza degollada,
de idiota risa y con mirada
fija y vidriosa de muñeca.

Venir ve a pasos reticentes
dama de aspecto funerario,
cuyos cabellos son serpientes
y cuyo traje es un sudario.

Su luz apago, y siénto, a orillas
del flojo lecho que se ahueca,
una figura negra y seca
que en los dos pies le haga cosquillas.

En el pantano ancho y viscoso
que huyendo cruza en calcetines,
oye de todos los confines
voces de acento rencoroso

y encuentra un muerto de facción
y turbios ojos al soslayo,
que mueve su putrefacción
cual un autómata en ensayo.

Muestro a sus ojos consternados
luz en albergues ya desiertos,
y parques, siempre abandonados,
con rosas verdes recubiertos.

Percibe luego, aunque temblando,
entre los duendes que retozan,
las lavanderas que sollozan
cabe un canal sanguinolento.

Vetustas cruces de calvarios
de lejos llámanlo y maldicen,
tuercen sus brazos solitarios
y acerbos males le predicen.

En medio a un'árida llanura,
y en abandono manifiesto,
ve un gran caballo sin montura
que dice: «Sube, sube presto!»

Y atravesando la maleza,
oye mezclarse crepitosos
ruidos de osífrago que aceza
y risas de hongos venenosos.

Cuando de noche el huracán
silba estridente dondequiera,
pido prestadas a Satán
las densas nieblas en que impera.

Y el hombre en esa oscuridad,
átomo errante que se pasma,
por su completa ceguedad
va a tropezar contra un fantasma.

En pavoroso frenesí
se precipita y aun se ampara,
sin que jamás torne la cara,
porque me siente tras de sí;

pues en su oído receloso,
la sensación viva mantengo
del cuchicheo misterioso
de una boca que no tengo.

Por mí la Norma nunca dura,
y aplico, en cualquiera estación,
sobre la faz de la Razón,
el dominó de la Locura.

Con lo imposible por sujeto,
espacio y número realizo,
vaporizar puedo el objeto
y hasta la sombra corporizo.

Yo trueco en noche la alborada,
soy torcedor para quien odia,
y el Pecado es porta-custodia
de la devota amedrentada.

Para asustar la audacia fatua,
pongo miradas de asesino,
voz, movimiento repentino
en el retrato y en la estatua;

perturbo todos los rumores,
todas las formas adultero,
depravo en sombras los colores
y la montaña en sumidero.

Embrollo el tiempo, el sitio, el medio;
a mi fantástico albedrío,
el total, hágolo promedio;
al metro, elástico lo amplío.

Yo inmobilizo aguas brotantes;
fundo los mármoles; descuajo
árboles que hacen de espantajo
al figurar Judíos-errantes.

Finjo a pacíficos mochuelos
alas de espíritus malignos:
con sus siluetas, doy recelos;
con su ulular, funestos signos;

reprimo el ímpetu más sano;
al pavor tácito, licencio,
y, condenada al ruido humano,
cierro la boca del Silencio;

con los zigzags de la centella,
en el ruinoso hogar paterno
grabo el horóscopo que sella
la tumba abierta hacia el infierno;

cabalgo en negro catafalco;
en cementerios opresivos
pongo entre el número de vivos
los que la muerte halla en desfalco;

y por los llanos y altitudes,
encrucijadas y caminos
hago marchar los ataúdes
como tropel de peregrinos;

mas cuando el sol la aurora inicia,
reposo y caigo soñoliento
entre mi hermana — la Ictericia —
y mi amigo — el Remordimiento.

CHOPIN

Hermano del abismo, galán de nóches trágicas,
Chopin, alma tan grande en armazón tan frágil,
el piano mudo sueña sentir tus manos mágicas;
la Música enlutada llora en tu acorde ágil.

Su feroz Edgard Poe perdió ya la armonía,
y el melódico mar, su ola más inmensa;
el sol de los sonidos de la melancolía
se ha puesto, y nunca el Mundo en sollozar más piensa.

Es tu música siempre — dolorosa o macabra —
himno de la revuelta y de la libertad,
y el relincho vibrante del corcel que se encabra,
no iguala al fiero grito de tu fogosidad.

Los delirios sin nombre y los besos orgiásticos
que entre la sombra tibia son humanos chasquidos;
el vértigo infernal de los valses fantásticos,
los fantasmas inciertos de los muertos queridos;

el sopor enervante de los soles de otoño,
el frío húmedo y craso de las fúnebres fosas;
el temblor que la virgen, en su pecho bisoño,
siente comunicársele de la vida y las cosas;

la tos abominable del hético extenuado
hiriéndole en sus sueños de hermoso porvenir;
el inefable duelo del paria, rechinado
contra el amor que hubiera querido bendecir;

el acre olor del suelo que azotan las tormentas;
de cuernos, el nocturno gemido que se escucha;
el peligroso aroma de flores macilentas;
las angustias del alma que con el cuerpo lucha;

todo esto, contorsiones del ánimo, mal físico,
pinturas, estridores, descomunal terror,
todo esto yo lo hallo en tu talento músico,
que chorrea pasión, sufrimiento y horror.

Vírgenes tristes, aunque con labios escarlatas,
sollozan tus doradas Mazurkas a momentos,
y el buen humor punzante de tus negras sonatas
me embarga alucinado, con estremecimientos.

Del fondo de tus Scherzos y de tus Polonesas
que filtró un corazón mortalmente ulcerado,
siento rumor de lagos, ardores de pavesas,
sereno me hundo en él, y sálgome espantado.

A la grupa ondulante, rebelde de las gamas,
saltar haces los aires como tigres bravios,
y cuando lo que amarga y conmueve amalgamas,
se refina el sabor de tus hondos hastíos.

Tu música interpreta soplos, hipos mortales,
ayes de esplín, de duda y de remordimiento,
y tú solo has hallado las notas sepulcrales
que de los muertos pueden traducir el lamento.

Triste o jovial, sereno ó en inmensa agonía,
abro el alma a tus aires solemnes y triunfales,
porque al través percibo de su grande armonía
risas, quejas, sollozos y gritos fraternales.

Ay! muerto tú, quién puede proclamarse tu lírico!
Artistas fabricados, sin nervio ni calor,
no comprenderéis nunca lo que aquel grande Tísico
derramó de su genio al mar de su dolor!

LA LINTERNA

Entre la zarza y la caverna
un cura va, piadoso y lento;
le lleva el santo sacramento
a un muribundo en la taberna.

Ante su paso una cisterna
finge un bostezo descontento:
entre la zarza y la caverna
un cura va piadoso y lento.

Mas en la opaca noche eterna
súbita estrella, en un momento,
rueda del alto firmamento,
y hace las veces de linterna
entre la zarza y la caverna.

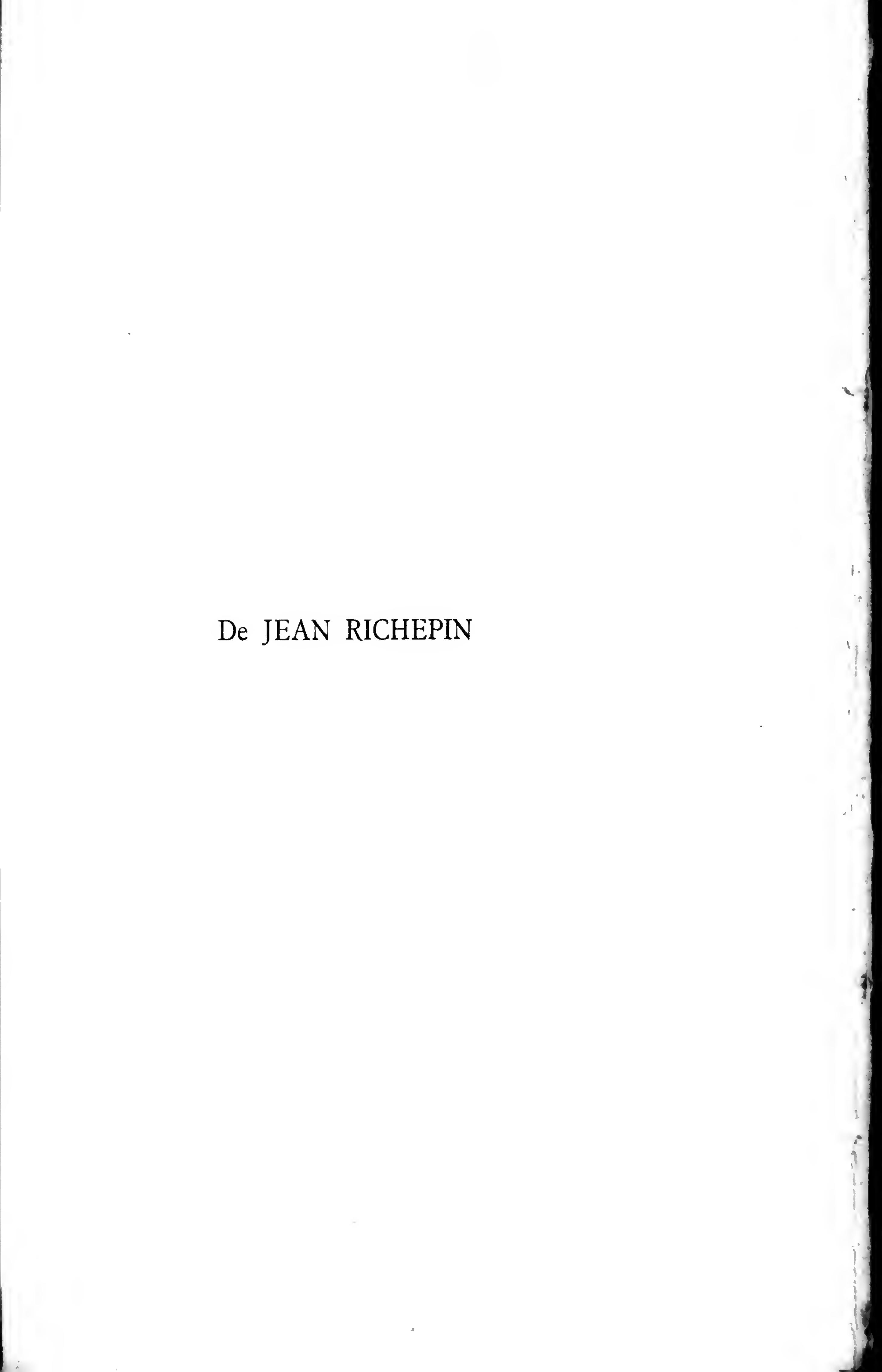
LA GIOCONDA

De la beldad perversa el misterio sin tasa
escápase a escondidas del retrato hechicero
cuyos ojos escrutan más fríos que el acero,
más suaves que la felpa, más ardientes que brasa.

Es el mal tenebroso, el mal que se rebasa:
es el vampiro humano sagaz y carnicero
que el corazón fascina para el suplicio artero
y destila un veneno en la boca que abrasa.

Este infernal retrato me inundó de estupor,
y después, a través de mi fiebre o sopor,
surgir siento en lo íntimo del pensamiento mismo

la sonrisa indecisa de la mujer serpiente:
y mi mirada flota sobre ella lentamente
como medrosa bruma encima de un abismo.



De JEAN RICHEPIN

LA FRAGUA

En la fragua que fulgura,
tarareando machacas
mi corazón sobre el yunque,
con un martillo de plata.

¿ Quieres dél para el verdugo
forjar la tajante espada ?
Haz que la lámina templen
con mis lágrimas por agua.

¿ Quieres dél para tu pecho
una joya delicada ?
Busca en el centro : tu imagen
purpurina allí se halla.

¿ Quieres de él sacar clavos ?
Pues toma, por si los labras,
de modelos tus caprichos
o mis sospechas airadas.

¿Quieres combarlo en esfera?
Pues a tu seno lo adapta...
mas en tu afán asesino,
lo golpeas para nada!

Sólo quieres distraerte,
y pegas, forjas, remachas,
por ver cómo lo cercenas
y en el yunque se desgasta.

Y ríes como una loca
cuando el fuego que se escapa
del rojo bloque vencido
bajo el martillo que salta,

deslumbrador estallando
siembra de estrellas la fragua
y sus chispazos de sangre
se extinguen en tu garganta.

UN VIEJO LEBRÓN

Este medigo que pasea
sucio y peludo por la aldea,
cojicojea, cojicojea...

A dónde va? — ¿de dónde viene?
Marcha al acaso, y se detiene
de puerta en puerta, llueva o truene.

Un pie desnudo, otro en calceta,
con su burjaca y su muleta,
corre más leguas que pateta.

Absorto cruza los sembrados
y sigue rastros intrincados
hacia los montes azulados

que allá, y allá, de donde avanza,
se van alzando en lontananza
cada mañana, — y nunca alcanza!

Buscar parece con empeño
un imposible muy risueño,
mientras le llega el postrer sueño.

Y ya a la vera del camino,
muere el señero peregrino,
perpetuo hambriento del destino.

Sobre la yerba recostado,
contempla el cielo dilatado
por las estrellas tachonado.

Tal vez allá, tal vez allá
lo que alejándose así va,
al fin, al fin alcanzará!

Allá quizás se encuentre el arca
que su continua senda marca
hacia la dicha a este patriarca.

Cuando el domingo su rosario
rezaba en sitio solitario,
ansió quizás ese santuario!

Esa es la tierra prometida!
Allá tendrá mesa servida,
mullido lecho y mansa vida.

Allá, sin duda, el vagabundo
va a transportarse en un segundo,
volando alegre de este mundo!

Pues no!...—Se tuerce como un tronco,
y a su carroña aferra bronco
uñas, resuello y grito ronco.

Morir no quiere el vejezuelo,
gime, respira con anhelo
y con sus besos muerde el suelo.

No tiene antojos celestiales;
con sed de goces mundanales,
quiere beber vida a raudales.

En lecho tal, sin cabecera,
piensa en los ratos que le era
grata su suerte pordiosera.

Piensa en la obrera que en su infancia
dábale albergue a su vagancia
junto al fogón de pobre estancia;

cuando en los céspedes blandujos
se entretenía entre matujos
en deshojar escaramujos;

cuando en el mes de clavellinas,
daba palmadas repentinas
a las rechonchas campesinas;

cuando, al azar, algún granero
le reservaba un agujero
para descanso pasajero;

cuando bebía a plena tasa
la buena sopa, espesa y grasa
y el vino nuevo, que no abrasa...

Y él, el intruso, él, el errante
iba de vena, pie adelante,
hallando al paso lo bastante,

que hay siempre un ser caritativo
que abra la puerta compasivo
y dé alimento nutritivo

y en parte alguna, ni en el cielo,
pueden los pobres sin consuelo
mejor estar que en este suelo.

Quisiera ver el nuevo día;
no irse del mundo todavía
a la ignorada lejanía,

y la existencia es de tal modo,
que este harapiento, este beodo
nada posee y extraña todo.

De ADOLPHE AUGIER
(Raoul Gineste)

LOS GATOS VIEJOS

Cuántos gatos hay maullando,
las rodillas extrañando
que los daban lecho blando,

y aquellas largas veladas,
cuando eran acariciadas
sus orejillas delgadas

por las manos temblorosas,
frías, secas y mimosas
de las viejas cariñosas

que, sentadas junto al fuego,
pensando en el palaciego
— su primer desasosiego —

proseguían sus labores
y evocaban los amores
de dulces tiempos mejores!...

Entonces los adorados,
con sus lomos engrifados,
hacían de enamorados;

en actitudes beatas,
se lustraban con las patas
pensando en bonitas gatas,

o debajo de las sillas,
como esfinges en cuclillas,
se olvidaban de rencillas,

y en hondas meditaciones,
rehilando sus ronrones
daban tregua a los ratones.

Comer ratas?... fú!... Tenían
leche, pan, cuanto querían
en el ocio en que vivían;

se cocía su puchero
con sabroso hervor ligero...
¿a qué andar por el granero?

Mas llegó la suerta aviesa,
y la dama y la duquesa
los proscriben de su mesa...

Vedlos bohemios: a menudo
en la noche, cuando rudo
sopla el cierzo helado y crudo,

se refugian, bajo leve
cobertizo, de la nieve
o del agua cuando llueve.

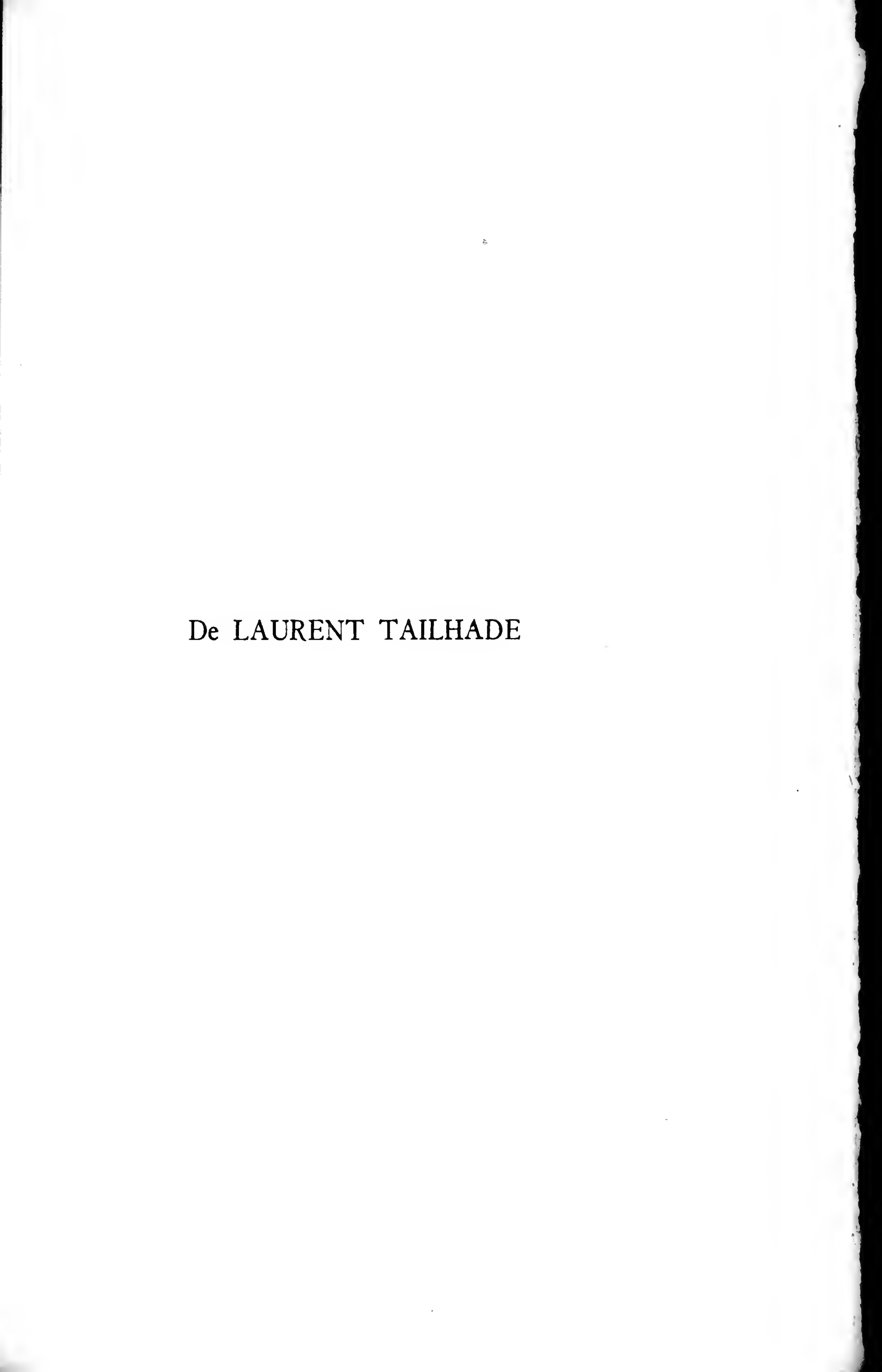
Sombras éticas, gritando
cruzan, fúnebres errando,
de hambre y frío tiritando,

y en las tinieblas glaciales
perfilan los animales
sus columnas vertebrales...

Mas si ven una crïada
caminando fatigada
con la cesta bien colmada,

sienten alegría loca
que en su famélica boca
sabor de cremas provoca,

y dolientes, lamentando
su antiguo manjar tan blando,
el lomo enarcan maullando!



De LAURENT TAILHADE

HIMNO Á AFRODITA

Afrodita, oh diosa de la inmortal sonrisa
a quien halaga el lúgubre cantar de las palomas,
los corazones suenan cual liras a tu risa
y tus brazos ofuscan el albor de las pomas!

Salud, dispensadora augusta de la vida,
que doblas a tu yugo las fieras en ardores,
que haces juntar la boca con la boca rendida,
salud ¡oh blanca Cipris! reina de los amores.

Por ti, de tarde, bajo los árboles propicios,
se enlazan dulcemente parejas venturosas
y a orilla de los ríos,y cabe precipicios
sollozan en la noche doncellas amorosas.

Por ti férvidamente, en embriaguez sabrosa
tíñese la eglantina de sangre perfumada,
y la virgen acude feliz y ruborosa,
guirnalda y vida prestos a la pasión ansiada.

Y eres tú quien, ritmando las estrellas divinas,
estremecer has hecho de amor al universo
para que la armonía perpetua que imaginas
dicte a los hombres puros la inspiración del verso.

Yo te imploro, deidad inmensa y venerable,
ora glorificando rosales en renuevo
y bajo bosquecillo de lilas deleitable
cubras de castos besos a tu feliz mancebo;

bien Ares te encadene crüel a su victoria
o, firmes, de las olas domando los furores,
las Cíclades florezcan escuchando tu historia:
mi incienso es siempre tuyo, madre de los amores!

Guárdame del hastío, de la vejez inmunda;
guárdame, si a mi ruego tu corazón se apiada,
tú que riges el mundo por tu virtud fecunda,
de la fealdad infame, que amedrenta y degrada.

Da a mi proster suspiro un poderoso acento;
caer joven y fuerte es todo lo que envidio;
y para renacer al sol del sentimiento
hazme morir de amor, como a Safo y á Ovidio.

De ALBERT SAMAIN

LA COPA

En tiempo de los Dioses, señores de la orgía,
cuando la dulce Lira las torres agitaba,
sagrado artista antiguo mis formas modelaba
al seno de la virgen más bella que existía.

Por siglos ha durado la regia gloria mía,
ídolo de los ojos... — Cuando estalló la brava
lucha que de mis triunfos el linde señalaba,
arrebatóme el vértigo furioso que corría.

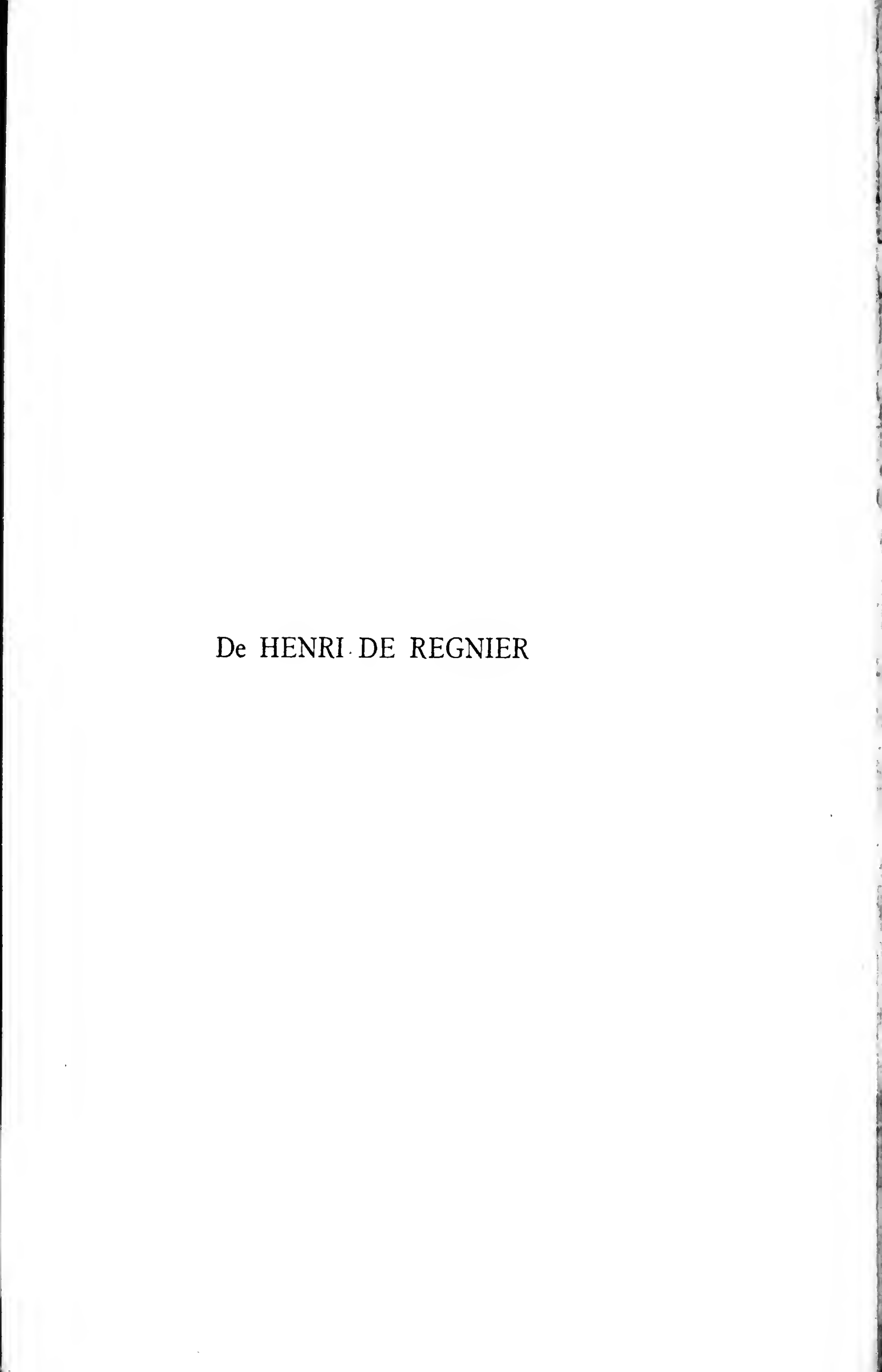
Vieja ya hoy, mas fija en mi inmortal destino,
esplendo en el Empíreo, bajo el poder divino
a cuyo inmenso arte me gozo y transfiguro.

Yo soy del paganismo la Copa cincelada,
y van ya dos mil años que guardo siempre puro
mi orgullo incorruptible de no servir de nada.

YO GUARDO TU RECUERDO...

Yo guardo tu recuerdo cual libro bien amado
que leo sin cesar y nunca está cerrado;
cual libro en que se vive mejor la vida y cuenta
de un nostálgico sueño la historia que atormenta.

Quisiera, codiciando lo imposible en mi anhelo,
encerrar en un verso el olor de tu pelo;
cincelar con el arte del orfebre más sabio,
una frase nacida como a flor de tu labio;
aprisionar la fuga de esas ondas sin calma
de emoción, que de tu alma se propagan a mi alma;
decir qué mar me canta con olas de elegía
del golfo de tu seno, refugio y mansión mía;
decir cómo son tiernos y son tibios tus ojos
como tarde otoñal en bosque sin abrojos;
conservar la reliquia del instante más blando,
y en tarde melancólica, sobre el piano y soñando
resucitar el eco religioso y perdido
de un beso de otros tiempos en tus ojos dormido!



De HENRI DE REGNIER

LA DESPEDIDA

He llenado mi barca de la popa a la prora
de flores que has cortado viniendo a la ribera,
y mi barca y los lirios de la faz soñadora
floreciendo se miran en la onda ligera.

Entra. Posa tu pie; siéntate allí, y ahora
desata la sandalia que tu carne lacera
y, cual grato recuerdo que la tierra memora,
oye caer los granos de tu planta hechicera.

Amor! tú te has sentado en mi barca fragante
que en el manso reposo del cristal ondulante
quieta y móvil al par a la brisa que orea,

lleva en sí dos veranos que en sólo uno confunde
sin saber si la orilla donde el río serpea,
se alarga hacia la aurora o en la noche se hunde.

EN LA PLAYA

Acuéstate en la playa y coge entre las manos,
para que lentamente dejes correr sus granos,
esa brillante arena que el sol convierte en oro;
luego, al cerrar los ojos, contempla aun el tesoro
del mar armonïoso y el cielo transparente.
Y cuando, poco a poco, sintieres dulcemente
ya libres de su peso, las manos más ligeras,
antes de abrir los ojos de nuevo á las riberas,
piensa que nuestra vida es un correr interno
de arena fugitiva sobre el sablón eterno.

De CHARLES FUSTER

PARA QUE HABLAR

Para qué hablar de ventura!
La dicha es ave perjura
que tras de cantar, vïaja:
Para qué hablar de ventura,
para qué hablar, ni en voz baja!

Para qué hablar de dolor,
que es pájaro gemidor
á quien el ruido atemora:
Para qué hablar de dolor,—
para qué hablar, si en ti mora!

Para qué hablar de pasión,
si es ave que al corazón
canta un instante y lo mata:
Para qué hablar de pasión
que en el pudor se recata!

RENACIMIENTOS

Verdad: la hora que viene no es como la que pasa.
Cambiamos como el tiempo, y nuestro sér humano—
soplo y flotantes átomos—muriendo va temprano,
fragmento por fragmento, al aire que lo arrasa.

Mas cada vez también la chispa que lo abrasa,
—si el fomentarla siempre no se procura en vano—
alumbra en nuestro espíritu con brillo meridiano
los horizontes negros a que antes fuera escasa.

A diario la mirada, con palpitante celo,
del mundo misterioso atravesando el velo,
por la verdad desdeña la gloria y los honores;

y renacer un poco sentimos cada día
la vida hasta la muerte, suprema lozanía,
satisfacción augusta de todos los amores!

De HÉLÈNE VACARESCO

LA ESCRITURA

De qué delicias me penetra
tu gentileza y tu bravura,
y amo la forma de tu letra
cual tus palabras de ternura.

Ella es altiva, ella es viril,
fina, elegante, y me parece
que, de tu espíritu febril,
algo furtivo la embellece.

Sólo con verla, en ella encuentra
mi corazón cuanto ama en ti,
y en cada signo se concentra
una emoción dormida en mí.

Tus pensamientos, tu sonrisa
dan a ta pluma su matiz,
y si tristezas me precisa,
vistas así, me hacen feliz!

SAUDADES

No he visto el infinito,—ni comprendo yo el alma
sino tras el dolor, la fuerza y la belleza;
hay que venir de abismos, cruzar llamas sin calma
para exitar mi fiebre de amor y de aspereza.

He vivido la vida y recorrido cumbres,
los labios siempre abiertos al soplo y al gemido;
y así, duelos furtivos, breves incertidumbres,
inspírase en vosotros mi canto dolorido!

Lo que mejor percibo en lontananza oscura
sois vos, forma de un paso, ademán de una mano,
y tú, más tenue, ¡amada, pequeña sombra pura
de un dedo, allí en la arena de mi jardín rumano!

ÉL PASO...

El pasó! Yo debí acaso
no parecer por allí,
mas mi casa estaba al paso
y mis flores le lucí.

Habló: yo debí sin duda
no embriagarme con su voz,
mas la emoción fue muy ruda
y su atrevimiento, atroz.

Me amó: yo debí tal vez
no darle mi amor tan luego,
mas con igual rapidez
mi corazón ardió en fuego.

Partió: yo debí quizá
ni aguardarlo, ni quererlo;
mas mañana un año hará,
y lloraré de no verlo!

De AUGUSTE GÉNIN

LA TRISTEZA DEL IDOLO

POEMA AZTECA

Duerme en el seno intransitable y hondo
de un bosque, á cuyo fondo
baja la luz desvanecida y lenta,
un ídolo de piedra que, en un claro,
su triste desamparo
en derruído pedestal lamenta.

Hay en su torno, ocultos entre flores,
mármoles de colores,
estatuas rotas, puertas derribadas
y columnas musgosas y yacientes
que rozan las serpientes
deslizándose cautas y pausadas.

Sin altar ni creyentes, el coloso
se yergue majestuoso
en carcomido zócalo de piedra;
las alondras se posan en su frente
y trepa irreverente
hasta su cuello, la salvaje hiedra.

Apoya sobre el pecho el monolito
sus manos de granito
bajo el collar de sílex lanceolado,
y las piernas inmóviles, cruzadas,
retiene entrelazadas
con ademán de atleta fatigado.

A la plomiza faz cada ojo imprime
deformidad sublime
con su mirada tenebrosa y fría,
y la corva nariz, y la cabeza
erguida con fiereza
aire le dan de olímpica energía.

El tosco dios, sintiéndose cautivo,
contempla pensativo
las ruínas que invade la espesura,
y con el fuego del ardiente Mayo,
en singular desmayo
se aduerme la enigmática figura.

II

Cierta noche que el bosque misterioso
dormía silencioso
sin que sus hojas agitara el viento,
el ídolo tembló, lanzó un gemido,
y el dios, estremecido,
desgarró las tinieblas con su acento.

«¡ Oh Noche ! — prorrumpió — yo soy Itzama !
Para encerrar mi fama,
al universo le faltara espacio ;
los intrépidos pueblos que murieron,
palacios me erigieron
de plata y ónix, pórfido y topacio.

«Soy Itzama ! — cantaba el pueblo mío — :
el bienhechor rocío
que el seno de la tierra fecundiza :
soy padre del *maguey*, y de mi mano
recibe fuerza el grano,
aroma el fruto, jugo la hortaliza.

«Toda la creación cabe en mi nombre:
soy la mujer y el hombre,
el mar que asorda, el sol que reverbera;
soy aire, y fuego, y bóveda y espacio;
habito en el palacio,
en el templo, en la choza, en dondequiera!

«De mi seno, la vida se propaga
cual ancho mar que apaga
con sus aguas la sed del mundo entero;
en el árbol, soy savia; en la semilla,
el germen sin mancilla
que transforma el erial en sementero.» —

« — Y hoy vivo entre ruínas, solitario.
De cada santüario,
los dioses mis hermanos han partido,
y al ver á la paloma alzar el vuelo,
volar como ella anhelo,
siendo dios de las aves y del nido!

¡Oh tristeza!... sentado en mi colina,
el valle que se inclina
con pendiente süave al oceano
contemplaba en silencio, y de la playa
venía á mi atalaya
el eterno rumor del mar lejano.

¡ Cómo cambió de entonces el paisaje !
Envuelto en el follaje
del bosque secular, oculto vivo;
ya no hay para mí valle ni monte,
ni tengo otro horizonte
que el pedazo de cielo que percibo !

¡ Oh dioses !, ¡ yo fui un dios ! — Cuando surgieron
los montes, y tuvieron
las aguas del diluvio holgado cauce;
cuando abrió su abanico la palmera
y por la vez primera
sacudió su ramaje el fresco sauce;

cuando poblado estuvo el vasto cielo
de pájaros, y el suelo
teñido del color de la esmeralda,
tímido el hombre apareció, buscando
cavernas y llevando
el peso del terror sobre la espalda.

A su debilidad ansiando ayuda,
su inteligencia ruda
dioses creó terribles y sangrientos,
ídolos esculpió con tosca mano,
dioles semblante humano
y les alzó grandiosos monumentos.

De un rebaño de hombres, yo era el guía.
De la sombra venía
y á la sombra llevaba nuestra ruta.
Logré del pueblo mejorar la suerte,
y me otorgó la muerte
ya en la prosperidad, paz absoluta.

Proclamáronme dios y mis despojos
fueron ante los ojos
de mi nación, objetos venerados.
Fui la vida y la luz. Niños, y rosas,
y vírgenes hermosas
éranme por mis fieles ofrendados.

Mas ¡ay! mi raza pereció... De ella,
soy la única huella
que al embate del tiempo ha resistido,
y emblema legendario, misterioso,
aun vivo en mi tedioso
ensueño de grandeza sumergido.

Por la peste o la guerra acongojados,
he visto congregados
los pueblos á mis pies; y las insanas
luchas yo presencié, con que acabaron
los que mi altar bañaron
con la sangre de víctimas humanas.

Los itzaes, los mayas, los olmecas,
xicalancas, toltecas,
y choles, y quichés, y mexicanos
me levantaron templos a porfía...
¿Porqué cayó en un día
la obra secular de tantas manos!

Se disipó mi gloria pasajera;
la brisa sembró artera
el polen que a este bosque prestó vida;
y de ricos y míseros hogares,
de pórticos y altares
presencié poco a poco la caída.

Oh tierra!, oh cielo!, oh mar!... ¡Astros errantes
y mundos que distantes
muertos cruzáis por la extensión vacía!,
¿en qué ejes giráis que así resisten?
Responde, oh noche!: ¿existen
los dioses en el mundo todavía?»

III

Y el ídolo calló. — Sobre su frente,
sacuden rudamente
los árboles sus gotas de rocío;
se agita la montaña, el suelo cruje,
airado el viente ruge
y se detiene temeroso el río.

«Silencio, Itzama! — prorrumpió la selva. —
Que a peturbar no vuelva
esta perenne soledad tu acento.
¿Á qué recuerdas tu pasado?... Calla!
no con gemir se halla
consolador alivio al sufrimiento.

Duerme bajo mis ceibas majestuosas;
en tanto que reposas,
deja correr los años en sosiego;
tu frente al fin se doblará rendida,
pero con nueva vida
renacerás a otra existencia luego.

Todo al abismo de la muerte afluye;
mas nada se destruye:
todo muere, y renace, y se transforma.
No es eterno tu pórfido, gigante!
Ya sonará el instante
de que vayas en pos de nueva forma.

Conocerás la noche tenebrosa
do se hunde presurosa
la vida humana que en su torno gira.
Acabe ya tu incomprensible empeño:
tus glorias, fueron sueño;
tu presente y futuro, son mentira!

Nada eres ya! Los dioses han partido:
fantasmas sólo han sido
que ahuyentó la razón con su firmeza.
Hoy, la divinidad que el mundo aclama,
es la que el hombre llama
nuestra madre inmortal Naturaleza!

De HENRI BOUVELET

A LOS ENEMIGOS

Porque me veis llegado de yo no sé que landas
y, acogiendo sin réplica los primeros insultos,
doblegué mis miradas supremamente blandas,
que sentido no hallaban a tamaños tumultos,

vuestro espíritu atlético, presto a dar zurribandas,
se enardece a mis dóciles sentimientos ocultos,
suponiendo que el cuello os inclino, en nefandas
apariencias de miedo por rencores estultos.

No sabéis que mañana, en mi frente robusta,
cuando el tiempo disperse mis guedejas suspensas,
me plantará la gloria las sublimes defensas.

No sabéis que mi orgullo se ha inclinado potente,
al igual que hace el toro, cuya venganza presta
hace huír á los rústicos cuando baja la testa.

EL ALMA INDIFERENTE

En vano codicioso de júbilo o tristura,
bañé mi cuerpo frío en luz del sol levante
y el corazón a rastras llevé a la vida dura:
nada sublime he visto ni nada que me espante.

En vano hice á mi boca gustar hasta la hartura,
buscando en el ensueño de un germen confortante,
el opio luminoso que infunde la locura...
el vientre en que hallé vida, no diome la bastante.

Y en esta inercia oscura de mi vivir interno,
mi imploración reclama ya el cielo, ya el infierno,
en medio al mal candente y la virtud radiosa.

De dónde habrá el espasmo, cauterio ó cualquier cosa
crispante de tortura ó de lujurias rica,
en su abandono inmenso, mi carne que suplica!

EL CONQUISTADOR

Apartando las ramas, entro airoso en la vida
donde el caballo negro del destino me lanza;
jamás las que me aman saben, a mi partida,
porqué mi fantasía antójase venganza.

Todo lazo destruyo, que el camino me impida.
Del asilo que dejo, no bien la aurora avanza,
hago romper la silla que honré yo con mi holganza...
Las bellas me han llamado «Príncipe de alba egida».

Como a todo, a fe mía, otorgo poco caso,
a cada ciudad pongo el nombre que me agrada,
y si no torno a verla, del recuerdo la arraso.

¿Quién me disputaría mi corona usurpada?
Aun los más ambiciosos cedarán a mi paso,
pues blando el verso como resplandeciente espada!

EL DEMIURGO

El nocturno silencio quë habla con los mundos,
sólo encierra verdades de sentidos profundos,

y el hombre desde abajo pueril las deletrea
ha doscientos mil años, sin que ninguna lea.

Ningún dios complaciente ha corrido de fijo
la indispensable reja del grave logogrifo

que forma, con las curvas de las constelaciones,
los gigantescos puntos de interrogacïones...

¡Ah, loco que pretendes sumas de leyes serias!
la materia no tiene índice de materias;

el alma, de espacio ávida, corta de eternidad,
es quien presta una fórmula a tal inmensidad,

y limita en el arduo secreto de un problema
la noción del gran Todo que se impone suprema.

Fatigados de arriar frente al azur bravío
una barca de fe a riberas de hastío,

tras gritos dolorosos que en los desastres damos,
los astros egoístas a implorar renunciamos,

y, — como el desvalido náufrago que no alcanza
descubrir más que el jaspe del mar en lontananza, —

para no morir de hambre mientras surge una vela,
desdeñoso del cielo a quien en balde apela,

vuelve el hombre los ojos a su islote desierto
buscando por de pronto cualquier alivio cierto;

mas aún nadie sabe si medio alguno existe
de calmar estä hambre de nuestra carne triste:

del conflicto de ideas esperar un concierto,
fuera procurar sol hiriendo el suelo yerto!

No os fiéis de brebajes que los libros propagan,
pues los vinos mezclados del pensamiento embriagan

y, á los pies del beodo perturbado y sin tino,
veinte rutas le marcan por un solo camino.

Bello fuera en verdad ser el apóstol bueno
que su genio aplicando en el servicio ajeno,

sobrepuje las ciencias, y con vibrantes labios
proclame á las naciones:

¡No han sabido los sabios!
Sus soberbios sistemas son palacios de cartas
más vanos que estas hojas que, tú, mi mano, apartas!

Lejos del portentoso laboratorio mío,
con viejos pergaminos que al basurero envío

y rodarán inútiles muy presto por los suelos,
orejas de pollino formarán los chicuelos.

Yo he encontrado la fórmula del misterio espontáneo
en el fondo infalible del crisol de mi cráneo!

Tánto de juventud y, de alborada, un quinto,
bruscamente acoplados, recomponen Instinto:

¿La síntesis del cuerpo y la luz?: — el Destino!
Cada sér lleva en sí las fuerzas de su sino.

Mas para que la dicha a los hombres dé fruto,
la crueldad de la tierra nos exige un tributo!

A fin de responder a esas turbas hambrientas,
de todas las riquezas necesito las rentas.

Traed, hermanos míos, tesoros a mi banca,
y levantaré al mundo con aquesa palanca!

Recobrando en placeres los bienes que le quito,
tornaráse cada hombre en mi huésped gratuito;

los pueblos arruinados no habrán más indigentes,
que sólo al nivel de oro deprímese á las gentes.

Serán mis servidores, estúpidos, robustos;
tendrán ricos salarios, por ser los precios justos,

y yo he de ser Aquél que cuide en lo futuro
de subvenir á todos del modo más seguro,

y quien restituirá, magüer fuere atrevido,
lo que en el paraíso dejó el hombre perdido,

que se juzgó en lo inválido de nuestras facultades,
y sólo está en la plétora de nuestras libertades!

Sordo quien no ha escuchado, ciego quien no ha advertido
la bestia del hastío que rumia, da un bramido

y mascujando paja, sacude con desánimo
en el circo del cuerpo la cadena del ánimo!

El sér sólo se yergue por precisión de vida;
pero cada cual tiene su senda preferida

y hallará, por instinto, la que más le convenga
cuando el esfuerzo diario abolido yo tenga.

Plazca a Dios ó no plazca ver mi sueño logrado,
su divina injusticia forjaré yo a mi grado

cuando en el blanco yunque del cerebro la hiera
a rudos martillazos mi voluntad entera!

A quienes, vanamente, buscaron de los días,
con qué llenar su vaso, en las cubas vacías,

sin comprender que el vino, antes de ir a bodega,
proviene del instante que el pie del hombre estrega;

a los locos que emplearon los minutos en moras,
olvidando que de ellos se componen las horas,

gritaré: «Padres muertos, cuyo duelo se acaba,
sobre vuestros sepulcros vuestra prole se embriaga;

la tumba, este refugio seguro de la vida
os depara el reposo; mi orgía a ellos convida...»

Para el vicio, tomad; para la virtud, esto:
risa, para quien quiera abrir la boca presto.

Hé aquí dichas, hermanos!, ¿no os admira ya verlas
orientadas por mí cual torrentes de perlas?

¿Oís los cascabeles cuyo són delirante
puebla de ritmos nuevos vuestro pecho anhelante?

Sangre de golondrina os doy ya para el vuelo:
aquí tenéis las alas, allí tenéis el cielo;—

aquí tenéis placer, amor, cuanto embelesa...
no me miréis con ojos abiertos de sorpresa;

descubro en todos ansias de juventud y gozos;
con esplendor estallan los grandes alborozos!

Tal como el suelo es rico en invisible oro,
guardáis en las entrañas recóndito tesoro.

Bajo enormes flaquezas hay virtudes innatas!
Los ojos más brillantes padecen cataratas.

Si nö erais dichosos, fue porque nadie hallado...
—Eh! porqué te me escapas, Romeo corcovado?

Atrapa ese frasquillo, su líquido derrama:
contiene los suspiros de la beldad que te ama.

Hola, Investigador! abre tu alma al viento,
tu obra es cual cometa pronta á su lanzamiento:

basta para encumbrarla del aire triunfadora,
una leve corriente que atraviese la aurora.

Parejas que morís de amor ignoto y mudo,
hé aquí espejos que copian el corazón desnudo!

Tiende la mano, bohemo, arquero que a la meta
del imposible asestas un arco sin saeta,

y elige a tu capricho en el carcaj del bardo
un sueño empenachado de plumas, como dardo.

Venid todos los parias del légamo del vicio.
yo sé lo que al ensueño retiene en el suplicio!

La flor aspira al sol como al placer los seres;
mas yo cortaré el tallo de todos los placeres.

INDICE

Otras obras de Balbino Dávalos

Publicadas

Las Ofrendas. — Al Ensueño y al Amor — A la Vida — Al Arte — Poesías. Madrid, 1909.

Ensayo de Critica Literaria. (sobre la poesía horaciana en México). México, 1901.

Los Grandes Poetas Angloamericanos. México, 1901.

Afrodita de P. Louys. (Traducción.) Ilustraciones de Calbet. París, 1898.

Relato de una Hermana, de Mme. A. Craven. Obra coronada por la Academia Francesa. Traducida de la 47ª edición, en 2 tomos. París, 1900.

Monna Vanna, de M. Maeterlick. Traducción rítmica. México, 1902.

El México Desconocido, de C. Lumholtz. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre occidental; en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán. — Nueva York, 1904. 2 tomos, traducidos del inglés, ilustrados profusamente con fotograbados y 15 láminas en color.

Por publicar

Nieblas Londinenses. Poesías.

De Otros Parnasos, versiones de poesías griegas, latinas, inglesas, alemanas, italianas y portuguesas.

Antinomias Lingüísticas Hispanolusitanas, disertación reglamentaria del autor como individuo de número de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

Odas de Píndaro. Traducción rítmica, según el texto griego de la edición de Christ.